

Cuando en tal estado se hallaban las cosas de Aragon, llegó la época en que el rey Alfonso VIII. de Castilla hizo una general excitacion y universal llamamiento á todos los príncipes cristianos para que le ayudaran y concurrieran con él á la gran cruzada que estaba preparando contra los infieles.

CAPITULO XII.

LAS NAVAS DE TOLOSA.

ALFONSO VIII. Y ENRIQUE I. EN CASTILLA.

De 1212 á 1217.

Preparativos para la gran batalla de las Navas.—Rogativas públicas en Roma.—Gracias apostólicas.—Reunion de los ejércitos cristianos en Toledo.—Extranjeros auxiliares.—Innumerable ejército musulmán.—Emprenden los cristianos el movimiento.—Orden de la expedicion.—Hueste extranjera: hueste aragonesa: hueste castellana: milicias y banderas de las ciudades.—Abandonan los extranjeros la cruzada so pretexto de los calores, y se retiran.—Unese el rey de Navarra á los cruzados.—Llegan los confederados á Sierra Morena: embarazos y apuros: guíalos un pastor: ganan la cumbre.—Orden y disposicion de ambos ejércitos.—Se da la batalla.—Proezas de don Diego Lopez de Haro.—Heróico comportamiento de los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra.—Del arzobispo de Toledo.—Emblemas y divisas de los principales caballeros y paladines.—Completo y memorable triunfo de los cristianos: horrorosa matanza de infieles: fuga del gran Miramolin.—Otras circunstancias de esta prodigiosa victoria.—Ganan los cristianos á Baeza y Ubeda y se retiran.—Por qué no asistieron á la batalla los reyes de Leon y de Portugal: sucesos de estos reinos.—Otras campañas de Alfonso VIII. de Castilla: su muerte.—Sucédele su hijo Enrique I.—Muerte de Pedro II. de Aragon: sucédele su hijo Jaime I.—Turbulencias en Castilla.—Regencia de doña Berenguela.—Regencia tiránica de don Alvaro de Lara.—Guerra civil.—Muerte de Enrique I.—Doña Berenguela reina propietaria.—Abdicacion de la reina.—Cómo se ingenió para hacer coronar á su hijo.—Advenimiento de Fernando III. (el Santo) al trono de Castilla.

Todo anunciaba, decíamos en el anterior capítulo, que iba á realizarse uno de aquellos grandes acaecimientos que deciden de la suerte de un país.

Todo está en movimiento en la capital del mundo cristiano. Después de haber ayunado toda la población de Roma á pan y agua por espacio de tres días, hendiendo los aires el tañido de las campanas de todos los templos, se vé á las mugeres caminar descalzas y de luto hácia la iglesia de Santa María la Mayor; delante van las religiosas; de la iglesia de Santa María marchan por San Bartolomé á la plaza de San Juan de Letrán. Es el miércoles siguiente á la pascua de la Trinidad (23 de mayo de 1212). En direccion de la misma plaza se encaminan por el arco de Constantino los monjes, los canónigos regulares, los párrocos y demás eclesiásticos con la cruz de la Hermandad: por San Juan y San Pablo se vé concurrir al resto del pueblo con la mayor compostura y devoción llevando la cruz de San Pedro. Todos se colocan en la misma plaza y en el orden de antemano establecido. Cuando todos se hallan ya congregados, el jefe de la Iglesia, el papa Inocencio III., acompañado del colegio de cardenales, de los obispos y prelados y de toda la corte pontificia, se encamina á la iglesia de San Juan de Letrán, toma con gran ceremonia el *Lignum Crucis*, y con aquella sagrada reliquia, venerando emblema de la redención del género humano, se traslada con su brillante séquito al palacio del cardenal Albani, y presentándose en el balcón dirige una fervorosa plática al inmenso y devoto pueblo cristiano que llena aquel vasto recinto.

¿Qué significa esta solemne y augusta ceremonia de la capital del orbe católico? Es que el pontífice Inocencio III. ha acogido con benevolencia la misión del enviado del rey de Castilla, ha concedido indulgencia plenaria á todos los que concurran á la guerra de España contra los enemigos de la fé, y ha querido que el pueblo romano se preparase convenientemente á implorar las misericordias del Señor. Así lo dice en el sermón que dirige á su pueblo congregado frente al palacio Albano. Concluida la plática, las mugeres van á la basílica de Santa Cruz, donde un cardenal celebra el santo sacrificio. El pontífice con el clero y toda su comitiva vuelve á San Juan, donde se oficia otra misa solemne, y todos juntos marchan después descalzos á Santa Cruz, donde se dá fin á la rogativa con las oraciones acostumbradas. Grande debia ser la importancia que daba la cristiandad á la empresa que se iba á acometer en España.

El rey de Castilla, congregados sus prelados y ricos-hombres en Toledo, para deliberar en general consejo la forma en que debia ejecutarse la próxima campaña, habia designado aquella insigne ciudad como la plaza de armas y el punto de reunion á que habian de concurrir así las tropas de las diversas provincias como las extranjeras que venian á ganar las gracias espirituales concedidas por la Sede Apostólica. Un edicto real prohibió á los soldados de á pie y de á caballo presentarse con vestidos de oro y seda, con arreos de lujo y con ornatos supérfluos que desdijeran

del ejercicio militar. Ya la voz del ilustre arzobispo de Toledo don Rodrigo había logrado enardecer los corazones de los príncipes cristianos de Europa, y á la fervorosa excitacion del prelado á nombre del monarca de Castilla multitud de guerreros de Francia, de Italia y de Alemania, habian tomado la espada y la cruz, y marchaban camino de Toledo, ansiosos de tomar parte en la gran cruzada española. Serian los que vinieron hasta dos mil caballeros con sus pages de lanza, y hasta diez mil soldados de á caballo y cincuenta mil de á pie. De gran coste debia ser el mantenimiento de la numerosa hueste auxiliar extranjera para un reino empobrecido con tan incesantes luchas, devastaciones y rebatos: pero el monarca castellano encuentra recursos para todo, y asiste á cada ginete de aquella milicia con veinte sueldos diarios, con cinco á cada infante; cantidad prodigiosa para aquellos tiempos. Compuesta aquella muchedumbre de gentes y banderas de tantas naciones, menos disciplinada que poseida de celo religioso, creyendo acaso hacer una obra meritoria, acometió á los judíos de Toledo que eran en gran número, y asesinó una parte de aquellos israelitas que habian presentado con orgullo al conquistador Alfonso VI. una carta auténtica de sus hermanos de Jerusalem, en que constaba que ellos no habian tenido la mas pequeña parte en la muerte del hijo de José y de María ⁽¹⁾. Poco faltó para

(1) Documento citado por Sandoval, Cinco Reyes, p. 74.

que este atentado produjera una colision lamentable: por fortuna la intervencion de los sacerdotes de uno y otro culto logró apaciguar el pueblo que comenzaba á amotinarse contra los extrangeros. Mas ya por evitar conflictos, ya por haber llegado el rey don Pedro de Aragon con su ejército de aragoneses y catalanes, y no bastar el recinto de la ciudad para albergar tan numerosas huestes, fué preciso que acampáran las heterogéneas tropas en las huertas y contornos de Toledo, cuyas frutas y hortalizas quedaron de todo punto arrasadas. Acudian tambien caballeros leoneses y portugueses llevados del deseo de contribuir con sus armas al esterminio de los enemigos de la fé, si bien los príncipes de aquellos dos estados por particulares y sensibles razones no concurrieron á la guerra santa.

Mientras estos preparativos se hacian por parte de los cristianos en Roma y en Toledo, el emperador de los Almohades Mohammed Aben Yacub no permanecia inactivo. Ademas del inmenso ejército que ya habia traído á España, conmovíase toda el Africa con exhortaciones enérgicas á la guerra que ellos tambien llamaban santa, y acudian á la espedicion y esterminio de los cristianos los innumerables moradores de Mequinez, de Fez y de Marruecos, los que apacentaban sus rebaños por las praderas del Zahara, los habitantes de las orillas del Muluca, asi como los de las inmensas llanuras de Etiopía, que con los de

las tribus alárabes, zenetas, mazamudes, sanhagas, gomeles, y los voluntarios que había ya en España, junto con los Almohades de Andalucía, formaban el mayor ejército que había pisado jamás los campos españoles.

Nada bastó sin embargo á intimidar al animoso rey de Castilla, y reunidas las provisiones necesarias para el mantenimiento del ejército cristiano, provisiones que, según el arzobispo cronista que acompañaba la expedición, eran trasportadas en setenta mil carros, según otros en otras tantas acémilas, emprendió la hueste cristiana su movimiento el 24 de junio. Guiaba la vanguardia don Diego Lopez de Haro; componían este cuerpo los auxiliares extranjeros. Entre ellos iban los arzobispos de Burdeos y de Narbona, el obispo de Nantes, Teobaldo, Blascón, originario de Castilla, el conde de Benevento, el vizconde de Turina, y otros muchos y muy distinguidos caballeros. Constabá esta legión de diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Seguían los reyes de Aragon y de Castilla, en dos distintos campos para no embarazarse. Acompañaban al de Aragon don García Frontin obispo de Tarazona, don Berenguer electo de Barcelona, el conde de Rosellon y su hijo, don García Romeu, don Ximeno Cornel, el conde de Ampurias, y otros varios caballeros de su reino ⁽¹⁾. Llevaba el estandarte real

(1) Los nombres de los aragoneses que aquí omitimos, pueden verse en Zurita, Anal., libro II., c. 61.: los de Castilla en Nuñez de Castro, Crónica de don Alfonso VIII., cap. 70.

don Miguel de Luesía. El séquito del de Castilla era el más numeroso y brillante. Iban con él don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, el historiador; los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Avila, los caballeros del Templo, de San Juan, de Calatrava y Santiago, conducidos por los grandes-maestros de sus respectivas órdenes; don Sancho Fernandez, infante de Leon, los tres condes de Lara don Fernando, don Gonzalo y don Alvaro, este último alférez mayor del rey; don Gonzalo Rodriguez Giron con sus cuatro hermanos que mandaban la retaguardia, con otros muchos nobles y campeones de Castilla que fuera prolijo enumerar, iban también muchos principales señores de Portugal, de Galicia, de Asturias y de Cantabria, ilustres progenitores de muchas familias que hoy se honran con los títulos de nobleza que dieron á sus casas aquellos esforzados adalides. Seguían la bandera real de Castilla los concejos ó comunidades de San Esteban de Gormaz, de Aillon, de Atienza, de Almazan, de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Avila, de Olmedo, de Medina del Campo, de Arévalo, así como los de Madrid, Valladolid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Alarcón y Toledo. Los demás quedaron guardando las fronteras. Todos ansiaban el momento de medir sus espadas con las de los infieles, y por si el ardor de alguno se entibiaba, allí iban los prelados y los monjes, unos con solo la cruz, otros con la cruz en una mano y la lanza en la otra, para recordarles á semejanza de Pedro el

Ermitaño que iban á ganar las mismas indulgencias apostólicas combatiendo á los mahometanos de Andalucía que si pelearan con los infieles de la Palestina.

Al tercer dia de marcha llegó el ejército cruzado á Malagon. Los extranjeros atacaron impetuosamente el castillo defendido por los musulmanes, y pasáronlos á todos al filo de sus espadas. Era el 23 de junio. De allí avanzaron hácia Calatrava, cuyo camino, asi como el cauce del Guadiana que los cristianos tenian que atravesar, habian los moros cubierto de puntas de hierro para que ni caballos ni infantes pudieran pasar sin estropearse los pies. Supo vencer estos obstáculos el ejército cristiano, y se puso sobre Calatrava, que defendia el bravo Aben Cadis con un puñado de valientes sarracenos, que eran el terror de aquella frontera. La poblacion sin embargo fué tomada por asalto. Aben Cadis y los suyos refugiáronse al castillo y enviaron á pedir socorro al emperador Mohammed; pero el sultan de los Almohades, entregado á la influencia de dos favoritos, el vazzir Abu-Said y otro hombre oscuro llamado Aben-Muneza, no llegó á saber el apuro de Calatrava que le ocultó Abu-Said envidioso de la gloria del caudillo andalúz. Aben Cadis viéndose sin esperanza de auxilio ofreció rendirse por capitulacion, saliendo libres él y sus soldados. Los reyes de Aragon y de Castilla con los nobles y barones de uno y otro reino se inclinaron á admitir la condicion. Insistian los extranjeros obstinadamente en que

habian de ser todos degollados. Prevalció la opinion de los españoles, sin otra modificacion que la de que saliesen los infieles desarmados. Todavía sin embargo intentaron los extranjeros lanzarse sobre ellos y pasarlos á cuchillo: pero los generosos monarcas españoles, fieles á su palabra, libertaron á los sarracenos de aquel ultraje escoltándolos hasta ponerlos en seguro. El rey don Alfonso de Castilla entregó la poblacion y castillo á los caballeros de Calatrava, de quienes antes habia sido y repartió los inmensos almacenes y riquezas que allí se hallaron entre los aragoneses y los extranjeros, sin reservar cosa alguna ni para sí ni para los suyos.

Los ultramontanos ⁽¹⁾ só pretexto de no poder sufrir los rigurosos calores de la estacion, determinaron volverse á su pais como ya otros extranjeros lo habian hecho cuando la conquista de Zaragoza por Alfonso el Batallador. En vano los monarcas españoles se esforzaron por detenerlos; nada bastó á hacerles variar de resolucion y abandonaron la cruzada, quedando solo Arnaldo arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blascon de Poitiers, español de nacimiento. Cuando los aragoneses desertores pasaron por las inmediaciones de Toledo quisieron entrar en la ciudad, pero los toledanos les cerraron las puertas, y desde los muros los denostaban llamándolos cobardes, desleales y excomulgados. En su viage hasta los Pirineos

(1) Los omes de ultrapuertos, que dicen nuestras crónicas.

fuieron divididos en pelotones devastando cuanto encontraban. Gran disminucion padeció con esto el ejército cristiano, y muy enflaquecido quedaba. Pero no se entibió por eso el ardor de los españoles, que llenos de fé y de confianza en Dios prosiguieron su marcha hasta Alarcos, lugar de funestos recuerdos para el rey don Alfonso VIII. de Castilla, pero en el cual entró ahora triunfante huyendo á su vista los moros, y no fué este solo el signo de buena ventura que señaló su entrada en Alarcos, sino que el cielo pareció querer recompensar la virtuosa constancia de aquellos soldados de la fé, é indemnizarlos del abandono de los extrangeros, haciendo que se apareciese allí el rey de Navarra, con quien no contaban ya, seguido de un brillante ejército, en que iban los nobles don Almoravid de Agoncillon, don Pedro Martinez de Lete, don Pedro y don Gomez Garcia, y otros caballeros navarros, dispuestos todos á tomar parte en la cruzada. Inesplicable fué el consuelo y el júbilo que con tan poderoso é inesperado refuerzo recibió el ejército cristiano, y juntos ya los tres monarcas avanzaron á Salvatierra, en cuyos contornos pasaron revista general á todas sus fuerzas, quedando grandemente satisfechos y complacidos del porte y continente de sus soldados, y del ardor que los animaba de venir á las manos con el enemigo, al cual resolvieron ir á buscar donde quiera que los esperase.

Cuando el Miramamolin de los Almohades, Moham-

med ben Yussuf, supo la desercion de los extrangeros del ejército cristiano, creyó ya segura la destruccion de todos los adoradores de la cruz, y á la noticia de su aproximacion sentó sus reales en Baeza con el propósito de batirlos, enviando algunos escuadrones con orden de cerrarles los desfiladeros y gargantas de Sierra-Morena. El caudillo andalúz Aben Cadis que tan honrosa defensa habia hecho en Calatrava se habia presentado al emperador, el cual por consejo del envidioso Abu-Said sin querer escucharle ni oír sus razones le mandó degollar. Indignados los andaluces de sentencia tan inicua, quejéronse amargamente y manifestaron á las claras su resentimiento. Noticioso de ello el emir llamó á su presencia á los principales gefes y les dijo con acritud y altanería que hicieran cuerpo aparte, que para nada los necesitaba. Palabras imprudentes, que contribuyeron no poco á su perdicion.

Mientras estas discordias ocurrían en el campo de los Almohades, el ejército cristiano llegaba al puerto de Muradal. Era ya el 12 de julio. Una fuerte avanzada de caballería enemiga salió á impedirles el paso. Don Diego Lopez de Haro con su hijo Lope Diaz y sus sobrinos Martin Nuñez y Sancho Fernandez, visera calada y lanza en ristre los atacaron á escape y sostuvieron con ellos una vigorosa refriega, y aunque acometidos por otro cuerpo musulman que guardaba una de las angosturas, los cristianos lograron apode-